

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: “Crea en mi, oh Dios, un corazón limpio”
(9 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



“Crea en mi, oh Dios, un corazón limpio” (9 días)

Día 1

Mr. 6:53 - 7:7

Jesús en esos días se detuvo en “la tierra de Genesaret”. Probablemente es la zona al noroeste del lago Genesaret. Una delegación de escribas y fariseos llegaron de Jerusalén. Estos guardianes de la ley vinieron para comprobar la posición de Jesús respecto a las tradiciones de los ancianos. De alguna manera se percibe que esa comisión llegó a Jesús con motivos totalmente diferentes, que otros que se acercaron a Él (por ejemplo Mr. 1:40; 2:3.4).

Estando estos señores ahí para controlar a Jesús y su doctrina, observamos *por un lado* mucha fidelidad hacia la ley de Dios. A los líderes judíos responsables les importaba mucho lo que se enseñaba al pueblo y cómo vivía la gente. Todos los que pertenecían al pueblo de Dios debían orientarse por la voluntad de Dios.

Pero *por el otro lado* el gran cuidado y la fidelidad frente a la ley, los llevó a una tremenda estrechez de corazón y pedantería. Por temor de transgredir la ley, por temor de ofender la santidad de Dios, ellos interpretaban la ley de Moisés hasta los más mínimos detalles de la vida práctica y agregaban incontables obligaciones (comp. ¡Pr. 30:6!).

Así los judíos habían desarrollado una enorme tradición verbal de interpretación. La llamaron “tradición de los ancianos”, la cual en el transcurso del tiempo llegó a ser el fundamento intangible del judaísmo.

Pero Jesús rehuyó a esa red gigantesca de ingeniosas ordenanzas (Lc. 11:38). Pues Él había venido para enseñar la precisa voluntad de Dios y también cumplirla. (Lea Mt. 5:17.18; Jn. 6:38; 8:29; comp. Sal. 40:6-8.)

¡Cuán importante es para nuestra vida de creyentes que no nos apoyemos en formas y tradiciones, sino que sigamos a Jesús y nos dejemos conducir por la pura Palabra de Dios y por el Espíritu Santo! (Comp. 2.P. 1:16-21.)

¡Qué gran alivio y a la vez santo compromiso nos fueron dados con lo que leemos en Ro. 8:14.15 y Gá. 4:5.6!

Día 2

Mr. 7:5-13; Mt. 23:23

La respuesta que Jesús da a la comisión de investigación descubre una grave equivocación: Las manos sin lavar no son el problema, sino los corazones fríos. Vosotros pensáis honrar a Dios, pero es solo una confesión de labios. Vuestro corazón está muy lejos de Dios. Vuestra piedad aparenta mucha motivación pero es una marcha sin carga. “En vano me honran” (v.7). Aparentemente los fariseos y escribas querían de verdad honrar a Dios y servirle. (Comp. Hch. 22:3; Fil. 3:4ss.)

A pesar de todo no sirve, es en vano. ¿Existe algo así también hoy? “¿Quizás en otras religiones? ¿O en el cristianismo como justificación por las obras? ¿O como cuestión de sentimientos? ¿O como celos fanáticos? ¿O como disimulando propios deseos e ideologías?, pregunta un expositor. Jesús apunta claramente la razón: “Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres”.

Una y otra vez debemos preguntarnos si acaso sacrificamos las declaraciones bíblicas, por ejemplo respecto al matrimonio y la familia, respecto a cuestiones de la sexualidad y la dignidad de la vida humana, al ideal humanístico de la autorrealización (Dt. 12:8; Jue. 21:25).

Con un ejemplo de la doctrina de aquel entonces Jesús demuestra cómo los escribas quebrantaban uno de los Diez Mandamientos por sus interpretaciones de la tradición (v.10-13).

Un hijo podía esquivarse de su obligación de cuidado de sus padres ancianos y necesitados por el juramento del Corban, sin hacerse transgresor de la ley. Ese juramento, o decir: “mi ofrenda a Dios es todo aquello con que pudiera ayudarles”, valía como un compromiso serio (Nm. 30:2). Así un hijo se podía negar con “palabras piadosas” a la voluntad de Dios.

Aquel que interpreta la Escritura en contra de la misericordia de Dios, en realidad invalida la Palabra de Dios. (Lea Sal. 112:4-6; Os. 6:6; Jl. 2:13; Zac, 7:9; Lc. 6:36; 1.P. 3:8.)

Día 3

Mr. 7:6

Jesús sabía como “hablar sin rodeos”. Claramente y sin lugar a dudas hablando de aquello que delante de Dios no era correcto. Pero ÉL lo hizo para ganar el corazón de la gente para Dios.

¿No sería irresponsable, incluso descarado, si un cardiólogo recetara simplemente un medicamento para la circulación, aunque sabe efectivamente que el paciente necesitaría el injerto de un bypás? Al llamar Jesús a los conoedores de las Escrituras “hipócritas”, señala con eso el “bloqueo de la circulación sanguínea” espiritual. Esta es una situación que se desarrolla lentamente, pero avanza con seguridad . ¿Cómo puede pasar esto?

Nosotros llegamos a ser hipócritas cuando: a. nos preocupamos más por nuestra fama, nuestra importancia y posición que por nuestro carácter. (Comp. 1.S.16:7; Lc. 11:43; Jn. 12:43; 1.P. 1:17.)

b. guardamos algunas prácticas religiosas muy severamente, mientras nuestro corazón está distanciado de Dios. Justamente personas muy serias corren peligro de engañarse a sí mismos y también a otros con palabras con buena intención y hechos piadosos, de lo que abarcan dentro de sí de ansias malas y deseos egoístas. (Comp. Mt. 23:23.25.27.28; Lc. 6:45.)

c. ponemos en relieve nuestras propias cualidades, y destacamos los pecados y debilidades de los demás. (Comp. Lc. 16:14.15; 18:9-14.)

A Jesús le importa mucho que nos demos cuenta: Dios siempre y en primer lugar mira el corazón, el centro de nuestra personalidad, el centro de nuestros pensamientos, nuestra voluntad, nuestras palabras y hechos. “Dame, hijo mío, tu corazón” (Pr. 23:26a). El Señor quiere que nuestro hablar y hacer sea una unidad y que ambos honren a Dios, desde adentro y también hacia afuera.

“Dios quiere transformar corazones apocados en corazones consolados, corazones inseguros en fuertes, corazones oscuros en puros. ¡Permitamos a Dios esa obra íntegra! Es para nuestra salud y para el bienestar de otras personas, con las cuales tenemos trato” (B. Winterhoff).

Día 4

Mr. 7:14-23

Las leyes y preceptos de alimentación y purificación del Antiguo Testamento a los cuales Jesús hace referencia, podían aguzar la capacidad de diferenciar entre el Dios santo y el hombre pecador, pero no podían cambiar el interior, el corazón del hombre. El hombre en su manera de ser “es malo desde su juventud” (Gn. 8:21).

David lo expresa aun en forma más radical en su oración personal de arrepentimiento: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5). Este reconocimiento personal afirma aquello que vale para toda la humanidad: “Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Sal. 14:3). De la misma manera Jesús hace el duro diagnóstico (v.21-23).

Necesitamos un corazón nuevo, un corazón limpio. Y podemos pedirlo de Dios: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente” (Sal. 51:10-12; comp. Ez. 36:26.27; Mt. 5:8; 1.Co. 6:11).

El “viejo corazón” con sus reclamos aún nos trae problemas. Pues cada hecho malo comienza con un pensamiento (Gn. 6:5; Jer. 18:12; Stg. 1:14.15).

Si permitimos que nuestros pensamientos se ocupen de envidia, odio, pornografía, codicia o venganza, rápidamente caeremos en pecado. ¡No nos contaminemos, concentrándonos en maldades, sino hagamos caso a lo que dice en Is. 55:7 y Fil. 4:8!

Nuestra vida será transformada, si pensamos en y meditamos sobre lo que es puro y amable, bueno y justo. Cuando Dios nos renueva desde adentro, también nuestros hechos tendrán el buen carácter divino. (Lea Ez. 11:19.20; Ef. 2:8-10; 4:22 ss.)

Día 5

Mr. 7:24-27

Después de la profunda y dura conversación con la comisión de escribas y fariseos (v.1), con el pueblo judío (v.14) y con sus discípulos (v.17), Jesús se fue de allí, “a la región de Tiro” (v.24). Esa ciudad era la personificación del paganismo y mal mirada desde los tiempos del Antiguo Testamento (1.R. 16:31-33; 18:4.19; 21:25.26).

Según la doctrina de los fariseos no había salvación para los paganos, con algunas pequeñas excepciones. “Los paganos se consideraban material de relleno para el infierno” (Strack-Billerbeck). Pero cuando Jesús va a la tierra de los paganos, existen para lo cual varias razones: a. El Señor quiso escapar de las autoridades de Jerusalén, porque no quería provocar una ejecución prematura. Y como Jesús vivía continuamente en conexión con su Padre celestial, Él sabía que aún no había llegado “su hora”.

b. La recepción del Señor en una casa nos recuerda la hospitalidad, que en su tiempo el profeta Elías había recibido en esta zona (1.R. 17:10ss). Jesús está en la misma línea de los profetas del Antiguo Testamento (Lea Lc. 4:25.26; He. 1:1.2a).

c. Su intención de quedarse escondido, nos muestra que no era su sentir el escaparse de las dificultades en Israel, para conseguir logros en el exterior. Jesús siguió siendo fiel a su llamado aun siendo infame. Esto comprueba el tono de rechazo en el versículo 27. Su tarea se concentra en primer lugar en “los hijos” de la casa de Israel. A ellos se les ofrece Él mismo como el “pan vivo”, incluso hasta Su muerte (Comp. Jn. 6:35-40.48-51.) ¿Qué podemos aprender de esa fidelidad del Señor Jesús? Para reflexionar leemos: Is. 50:5; Lc. 22:42; Hch. 20:24.

d. A pesar de todo, el Señor (allí en el país de los gentiles) no pudo quedarse escondido (...). Sus obras salvadoras deben llegar a aquellos que fueron llevados hasta las más extremas tinieblas. La obra misionera como Dios la quiere, es una forma de amor al prójimo que vale para todos los hombres.

Día 6

Mr. 7:24-30

Jesús, quien quiso quedarse por un tiempo escondido, experimenta una sorpresa. El evangelista Marcos lo muestra con la expresión: “luego que oyó de él”. Con esto está dicho: “Dios mismo crea ese momento sorpresivo” (A. Pohl).

Jesús, que se mantuvo fiel a su llamado, que no tomaba iniciativas por voluntad propia para acercarse a los paganos (Mt. 10:5.6), está dispuesto de corazón a hablar y guiar como el Espíritu de Dios lo quiere. “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera” (Jn. 6:37).

Una y otra vez Jesús se encontró en sus jornadas a través de la tierra de Israel con gentiles que necesitaban Su ayuda. (Comp. Mr. 3:8; 5:1.2; Mt. 4:24; 8:5ss.) La mujer que ahora estaba delante de Él, “era griega, y sirofenicia de nación”. Ella, pidiendo humildemente y segura de la ayuda de Jesús, lleva toda su miseria delante de Él.

La respuesta del Señor es dura. Jesús dice no. ¡hay que aguantar esto! Lo que sigue es admirable: La mujer no se va murmurando enojada, sino permanece arrodillada delante de Jesús y contesta: “¡Sí, Señor!” Ella acepta el no del Señor y permanece junto a Él.

La fe sincera no encuentra una razón sólida para dejar al Señor, el cual no abandona a nadie que confía en Él y en Su Palabra. Esto hace la mujer sirofenicia. Ella toma a Jesús por Su Palabra y ruega: Aunque yo no soy “hija” en la casa de Israel, déjame ser como “perro de la casa” y tener participación de las bendiciones de la casa. La mujer no solamente percibió el tono suave (perrillos) en la respuesta del Señor, sino ella reconoció por fe a Jesús como Señor sobre el infierno, la muerte y el diablo (Mt. 15:28). Ella confiaba incondicionalmente en Jesús. (Lea Sal. 16:8; 25:1-9; 55:22; He. 10:35; 1.P. 5:7.)

Día 7

Mr. 7:31-33

Después de una larga caminata encontramos a Jesús a la orilla este del mar de Galilea, en la zona de Decápolis, completamente pagana, en la cual vivía una pequeña minoría de judíos. El clima espiritual aparentemente está algo mejor. “Le trajeron un sordo y tartamudo” a Jesús.

Un expositor describe la situación del discapacitado de la siguiente manera: “Los oídos y la boca están bloqueados. Las puertas hacia el prójimo y también al que está más cerca de él, su Creador, están completamente cerradas. Los esfuerzos para conversar o para orar, que podrían unir las partes, son imposibles, es como si hubiera un muro insonoro alrededor de él. Lo peor se encuentra detrás del muro: No es que se escuche nada, sino solo a sí mismo. Una situación así transforma a uno en una piltrafa. Nosotros, los hombres, nos arruinamos hablando, porque no escuchamos y no somos escuchados. Tal piltrafa se pone aquí delante de Jesús”.

El “escenario del suceso” es impresionante. Se espera de Jesús una demostración sanadora tal como era conocida en aquel tiempo. Sin embargo el Señor toma al hombre discretamente y con cuidado pastoral aparte, como sacándolo del “escenario”.

¿Acaso no nos ha pasado ya, que Dios primero nos toma aparte, con nuestras enfermedades y sufrimientos, sacándonos del bullicio y del movimiento? Todo lo que pesa sobre nosotros: una enfermedad, problemas insolubles, desocupación laboral, preocupaciones por parientes, culpas y pecados, la soledad, la tristeza por la pérdida de un ser querido, contiene una promesa: Jesús está ahí. Él le toma aparte a usted. Él le mira amablemente. Él quiere tocar su corazón y soltarle de su tensión o contracción. Lo hace muy callado, muy suave, pero muy real. “Guarda silencio ante Jehová, y espera en él”. “Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos” (Sal. 37:7; Éx. 14:14; lea 1.R. 19:11-13; Sal. 62:1.5-8; Is. 30:15; Hab. 2:20; 1.Jn. 3:19-22).

Día 8

Mr. 7:33-35

Nosotros también podemos estar encerrados en nosotros mismos y en nuestra aflicción, igual como este hombre sordo y tartamudo. Pero Jesús produce un contacto muy personal, tocando sensiblemente los puntos débiles, de modo que el hombre aprende a reconocer: Aquí hay uno que se ocupa de mí, que llega personalmente a mí. Él me puede ayudar. El hombre aún no podía decir, lo que aquella mujer testificaba en su aflicción: “Tú eres el Dios que me ve” (según Gn. 16:13).

Pero Jesús no quiere sacar al hombre de su “encierro”, solamente respecto de sus relaciones humanas. El Señor quiere conmoverlo también por su relación con Dios. La mirada al cielo deja ver que Jesús actúa en comunión íntima con Dios y quiere acercar las personas de su alrededor también a Su Padre. El gesto solo no ayuda. Pero sí el suspiro empático “Efata”, ésta palabra de autoridad del Hijo de Dios, que tiene poder de traspasar toda clase de cerradura, abriéndola. La palabra del Señor tiene gran poder. (Comp. Nm. 23:19; Sal. 33:6-9; 107:20; Is. 55:10.11; Jer. 23:29; Mt. 8:8.)

El sordo puede oír, el mudo puede hablar. Este hombre está librado de su atadura. Hoy quiero examinarme: ¿Habría alguna atadura en mi vida que Jesús quiere soltar? ¿Quizás está la atadura del temor? ¿Quizás la atadura de una adicción oculta? O ¿quizás la atadura de dudas y desconfianza?

¡No tengamos vergüenza de buscar el cuidado pastoral de nuestro Señor y donde haría falta también la ayuda de un profesional! La experiencia de los creyentes antiguotestamentarios vale también para nosotros: “Los sacó de las tinieblas y de la sombra de muerte y rompió sus prisiones. Alaben la misericordia de Jehová, ... Porque quebrantó las puertas de bronce, y desmenuzó los cerrojos de hierro” (Sal. 107:14-16).

Día 9

Mr. 7:36.37; Is. 35:5.6

¿Final feliz, todo bien? El hombre que estaba atado a su sordomudez, ahora está libre. ¿Habrá sido librado también de manera espiritual? ¿Llegó a ser un hombre que quería permanecer junto a Jesús y vivir con Él? No tenemos respuesta a estas preguntas. Pero estas cuestiones se deben aclarar. Pues los beneficios de Dios quieren ayudar a la gente a ordenar su relación con Dios y profundizarla. (Comp. Mt. 20:29-34; Jn. 5:5-9.14; 8:1-11; Lc. 7:36ss.)

¿Qué valor tiene la más maravillosa curación, muy propagada y difundida, si el pecador no regresa a los brazos extendidos de Dios, encontrando en Él su eterno refugio? El mandato de no hablar sobre el suceso que Jesús expresó, tenía razón de cuidado pastoral, además porque Él aún no había consumado la obra redentora de la cruz del Gólgota. Recién después de Su resurrección el Señor autoriza y manda el anuncio del evangelio salvador a todo el mundo. Él hizo todo bien, y aún hará todo bien.

Reflexionemos: ¿Cuándo y cómo he experimentado que Jesús haya solucionado las situaciones problemáticas que me habían atormentado?

Pero, ¿qué pasa con las preguntas sin respuestas y los sufrimientos? “Esto realmente significa fe: Literalmente no tener más pie debajo de uno y no tener ninguna fuerza en sí mismo, y a pesar de todo confiar” (M. Hausmann). Jesús nos lo quiere otorgar que junto a Él lleguemos a estar tranquilos y confiados. En la confianza en la bondad de Dios y Su misericordia aprendo también a actuar correctamente con mis culpas, a elaborar positivamente las desilusiones, las esperanzas no cumplidas y deseos y anhelos deshechos. Podemos tenerle confianza al Señor que todos los caminos que Él nos conduce, servirán para el cumplimiento de Sus propósitos.

“Allá en tu presencia, cualquier crepúsculo y todas las noches oscuras de este tiempo, serán devorados eternamente por el resplandor de tu gloria. Si me siento tentado de mirarme a mí mismo, y no a la meta, ayúdame nuevamente a seguir adelante, confiando en tu victoria” (H. Winkel).